

da y dulce, habla poco; pero sus palabras son actos, y sus actos transforman el mundo.

## CAPÍTULO V

### EL APOSTOLADO DOMÉSTICO

#### I

La nueva religión establecía alguna vez entre amos y esclavos una relación dulce y sagrada, que el escepticismo romano no hubiera podido concebir siquiera.

Un esclavo cristiano fué el instrumento de la regeneración de un amo pagano, y un amo conquistó para Cristo el alma de su esclavo. Busquemos en los documentos primitivos las huellas de estos dramas íntimos que tuvieron por teatro la conciencia, y durante los cuales el amo y el esclavo desaparecían para dejar su sitio al apóstol y al discípulo.

Las *Actas* de los mártires nos muestran á muchos amos que no se desdenaban, según la frase de Job, «de relacionarse con sus servidores», y á quienes convertía al Cristianismo la palabra humilde de un esclavo ó de un liberto.

A juzgar por las *Actas* de San Alejandro (1), martirizado en 119, un hombre que ocupaba un alto puesto en la Administración romana, Hermes (2), fué convertido así, no por las pláticas de doctores y sacerdotes, sino por la atrevida y conmovedora iniciativa de una vieja esclava ciega que había sido nodriza de su hijo (3). Este hijo, adolescente ya, estaba hacía algún tiempo

(1) *Acta S. Alexandri*, ap.; *Acta SS.*, Maii, t. I, pág. 375.

(2) «Las *Actas* dicen que era prefecto de Roma; pero esto resulta poco probable, por tratarse de un liberto. Sin embargo, nada se opone á que fuese un oficial de mayor ó menor categoría de la Administración, puesto que estos cargos solieron confiarse á libertos desde los primeros tiempos del Imperio.» Dom Guéranger, *Sainte Cécile*, 3.<sup>a</sup> edición, pág. 165. La inscripción de Proxenes, que estudiaremos después, da verosimilitud á esta conjetura.

(3) El emperador Caracalla tuvo también una nodriza cristiana: «lacte christiano educatus», dice de él Tertuliano, *Ad Scapulam*, 4.

enfermo de languidez. En vano Hermes y su mujer fatigaron á los dioses con sus plegarias y sacrificios: el muchacho murió. «¿Por qué no le llevasteis al sepulcro del bienaventurado Pedro?, dijo la nodriza á su amo: hubiera recobrado la salud, y aún viviría.—Si eso supones, replicó Hermes, estando como estás privada de la vista, ¿por qué no te has curado?—Si tuviera suficiente fe, me curaría.» Y sin decir más salió de la casa en busca del obispo Alejandro. Este oró por ella: sus ojos, cerrados hacía cinco años, abriéronse de nuevo á la luz. Fué corriendo á casa de su amo, tomó en brazos al muchacho muerto, y, tornándose adonde Alejandro estaba, le dijo, echando á sus pies el cuerpo inanimado: «¡Vuelva yo á quedarme ciega, con tal que este niño recobre la vida!» Alejandro se puso á rezar, y al cabo de algún tiempo se presentó en casa de Hermes llevando de la mano á su hijo resucitado. Hermes, convertido, recibió el Bautismo de manos del Obispo.

¿Son verdaderamente históricos todos los detalles de esto encantador relato? No lo sé; pero en él advierto un símbolo de las fuerzas ocultas, de las secretas influencias que tanto contribuyeron en los primeros siglos á la propaganda del Cristianismo, y nos explica el papel que desempeñaron en algunas casas los esclavos cristianos. Celso y Orígenes coinciden en considerarlos como los agentes más humildes, pero también los más atrevidos y afortunados, de la divina gracia. La esclavitud, esta planta parásita que había horadado con sus raíces los cimientos del edificio social, fué á la vez instrumento del mal y del bien: por ella se extendieron los vicios hasta la intimidad de las familias contaminando á las mujeres y á los niños; fué el más sutil agente de la decadencia, el disolvente más activo de la grandiosidad y de la pureza romanas; pero también, penetrando hasta donde ningún misionero hubiera podido llegar, convirtiéndose en uno de los más poderosos predicadores de la religión cristiana. La Providencia se sirvió de ella para reparar por el mismo conducto los males que había causado. No puede alcanzársenos el misterio de aquellas predicaciones domésticas, que el pagano Celso advierte con irritación penetrando en los talleres de los tejedores,

donde una voz inculca anunciaba la palabra divina, ver aquellas jóvenes esclavas apretujándose alrededor de una vieja obrera que les revelaba las delicias de la pureza, ó llegando aún más lejos, abriendo las pesadas puertas y descorriendo los ricos cortinajes que separaban las habitaciones del amo de la parte reservada á los esclavos, sorprender el papel desempeñado cerca del niño por la nodriza cristiana, cerca del adulto por el *pædagogus*, cerca del amo por el intendente investido de su confianza, cerca del juez que acababa de condenar á un mártir, por su esclavo cristiano que, con atrevimiento inusitado, le hablaba atrevidamente de la gloria de la víctima (1). ¡Cuántas confidencias íntimas, cuántas conmovedoras revelaciones, cuántas dulces lágrimas! Era el lado puro y divino de la esclavitud antigua, de la cual sólo nos pinta la Historia el cruel é infame reverso. Una familia noble, rica, ilustre, se convertía de pronto: una muchacha declaraba súbitamente su resolución de consagrar á Dios su virginidad: el amor entraba un día inusitadamente, y con él la paz, en un hogar revuelto hasta entonces por la horrible emulación de vicios que deshonoraba á tantas familias romanas: un magistrado deponía las insignias de sus funciones para vivir humilde, pobre, caritativo: el mundo advertía con estupor, y no sabía á qué atribuirle, esta súbita mudanza; pero en alguna parte había un pobre esclavo que, además de Dios, conocía el secreto de esas transformaciones, y cuyo corazón sentíase inundado de celestes alegrías.

A veces un esclavo era el iniciador de conversiones menos aparentes, que razones de situación ó de prudencia obligaban á tener ocultas. Tal parece haber sido la historia de un poderoso personaje que ocupaba un alto cargo en la corte imperial. Llamábase Proxenes; era un liberto de Marco-Aurelio y el hombre de confianza de Cómodo, su chambelán, intendente y tesoro. A la muerte de Proxenes, sus antiguos esclavos, á quienes trató siempre con consideración, le elevaron una tumba á su costa. Sobre su sarcófago, que se conserva en la ciudad de Borghese, ornado, según la

(1) *Acta S. Fructuosi*, 5, ap. Ruinart, *Acta sincera*, página 223.

moda antigua, con genios é hipógrifos, se lee una inscripción enumerando pomposamente sus cargos y sus títulos; los agradecidos libertos que mandaron grabar en el marmol las alabanzas de Proxenes, le creían ciertamente, pagano. Sin embargo, dejó de serlo, y uno de sus antiguos esclavos, ausente cuando él murió, recibió sus confidencias. De vuelta á Roma, no quiso que su amo quedara sin testimonio cristiano, y escribió en pequeños caracteres sobre el mármol del sarcófago estas palabras, medio borradas hoy: PROXENES RECEPVS AD DEVM... REGREDIENS IN VRBE... SCRIPSIT AMPELIVS LIBERTVS, «Proxenes fué recibido en el seno de Dios... á su vuelta á Roma... su liberto Ampelio dió de ello testimonio» (1).

San Juan Crisóstomo compara con «una perla resplandeciendo en medio del barro» el alma del esclavo cristiano ostentando su virtud y ejerciendo su bienhechora influencia á través de las ignominias de la servidumbre» (2). Después de la paz de la Iglesia, cuando la nueva religión penetró más profundamente en las costumbres, vióse á menudo brillar esta perla oculta en la obscuridad de las casas cristianas. San Gregorio Nacianceno habla de los esclavos convertidos en confidentes de las buenas obras de su madre, que conocieron por ella el secreto de las gracias sobrenaturales más misteriosas y más íntimas que su alma piadosa atesoraba (3).

En las *Confesiones* de San Agustín aparece el curioso retrato de una vieja esclava cristiana que ejerció poderosa influencia en la educación de la que llegó á ser Santa Mónica. «Esta, dice su hijo, alababa mucho menos el celo desplegado por su propia madre en su educación, que el que demostró una esclava de mucha edad, que en otro tiempo llevó en brazos á su padre cuando era niño. El agradecimiento, unido al respeto que inspiraban su vejez y la santidad de sus costumbres, le conciliaron en aquella casa cristiana una gran consideración por parte de sus amos. Por eso le

(1) De Rossi, *Insc. christ. urbis Romæ*, t. I, n.º 5, (año 217) página 9.

(2) San Juan Crisóstomo, *In Genesim*, Homilía, LXII, 1.

(3) San Gregorio Nacianceno, *Oratio XVIII, In patrem*, 11.

confiaron el cuidado de sus hijas, deber que cumplía con extrema vigilancia: prudente y discreta en las lecciones que daba, sabía emplear un santo vigor cuando precisaba corregirlas. Así, por ejemplo, excepto á la hora de la comida, que era muy frugal y hacían en la mesa de sus padres, no consentía, por grande que fuera su sed, que bebieran ni siquiera un vaso de agua. Preveía y temía las consecuencias de esta mala costumbre, y les decía estas sabias palabras: «Ahora sólo bebéis agua, porque no podéis beber otra cosa; pero mañana os casaréis, y seréis dueñas de la bodega y de la despensa. Entonces preferiréis el vino, y contraeréis el hábito de beber» (1). Esta vieja esclava cristiana temía que sus discípulas adquirieran los groseros hábitos que alternaban con los refinamientos de aquella época; San Agustín hace honor á la mortificada frugalidad que Santa Mónica observó toda su vida. He querido citar este caso, por su encantadora sencillez. He aquí otro aún más notable, en que aparecen demostrados los sentimientos de veneración que la virtud de un esclavo podía inspirar á un amo cristiano. San Paulino de Nole habla de su antiguo esclavo Víctor: «Me ha servido, exclama, sí, me ha servido; ¡desgraciado de mí por haberlo soportado! Fué esclavo de un pecador; él, que no era esclavo del pecado; y yo, indigno, me he dejado servir por el servidor de la justicia... Todos los días quería, no sólo lavarme los pies, sino limpiarme las botas. Yo he venerado á Nuestro Señor Jesucristo en mi hermano Víctor, porque toda alma fiel es de Dios, y todo corazón humilde es el corazón mismo del Señor» (2).

## II

Tales eran los sentimientos inspirados por algunos esclavos á sus amos cristianos. Era una completa transformación de las relaciones entre amo y criado. Los antiguos amos sólo buscaban en sus servidores

(1) San Agustín, *Confesiones*, IX, 8.  
(2) San Paulino de Nole, *Ep.*, 23.

cualidades útiles: si los querían, era con cariño egoísta, como á buenos instrumentos de trabajo ó de placer: no hacían caso de sus cualidades morales, preocupándose sólo de su interés personal. «Cuando compro un esclavo para dedicarle á herrero ó á tejedor, dice Cicerón, y resulta torpe en su oficio, me contraría sobremanera, aunque, por lo demás, sea muy honrado: si compro un esclavo para hacerle *villicus* ó pastor, no le pido más virtudes que frugalidad, trabajo y vigilancia» (1). La utilidad y el placer son, pues, los dos únicos sentimientos del amo con respecto al esclavo; la virtud sólo tiene precio por cuanto significa una ventaja para el amo, á quien está obligado á indemnizar «aquel que deteriorase su propiedad, bien sea hiriendo á su esclavo, bien corrompiendo el alma de este esclavo, ó bien talando los árboles de su jardín» (2). Los gustos elevados equivalen á un defecto en el esclavo si sirven de obstáculo al provecho que de él se quiera obtener, en cuyo caso se los asimila á verdaderos vicios. «Es un vicio del alma, más que una mala costumbre del cuerpo, dice un jurisconsulto, que á un esclavo le guste mucho contemplar las pinturas, ó que sea mentiroso ó tenga cualquier otro defecto de esta naturaleza» (3). El egoísmo de los amos y el desprecio de que eran objeto los esclavos aparecen aquí reflejados con cínica ingenuidad. El sentimiento cristiano se subleva contra eso. «Cuando el hombre, dice San Agustín, quiere al esclavo, no como á su igual, sino como si se tratase de un animal, de un baño, de un pájaro de hermoso plumaje y de agradable voz, es decir, en proporción con el placer ó la utilidad que puede reportarle, incurre en culpabilidad por un vicio execrable y vergonzoso, por no tener al hombre la especie de amor que le es debida» (4). El Cristianismo enseñó al hombre á apreciar en el esclavo sus cualidades morales, su alma, con amor puro y desinteresado. «Tienes dos esclavos, sigue diciendo San Agustín: el uno reúne todos los dones de la Naturaleza: el otro tiene el cuer-

(1) Cicerón, *Pro Planco*, 25.  
(2) Paulo, en al *Dig.*, X, III, 8, § 2.  
(3) Venuleyo, *ibid.* XXI, I, 65.  
(4) San Agustín, *De vera religione*, 46.

po deforme; pero el último es cristiano, y el primero infiel. Dime á quién prefieres, para que yo sepa si sabes amar lo invisible» (1). San Jerónimo alude con atrevido lenguaje á los infortunados esclavos, cuya mutilación castigó con la muerte Constantino (2), pero cuya venta en esas condiciones no estaba prohibida: «Si compráis eunucos, dice, ó siervas, ó esclavos, fijaos bien en sus costumbres, no en la hermosura de su rostro: en todo sexo, en toda edad, aun en los infelices cuyo cuerpo fué mutilado, hay que apreciar el alma que nadie puede amputar, como no sea privándola del temor de Dios» (3).

Este amor á lo invisible, esta preocupación del alma en el esclavo, excitaba en los amos cristianos el celo de la conversión de sus servidores, aún apegados á las costumbres paganas. Ya hemos visto antes que este celo no era tiránico y que se abstenía de toda imposición (4); pero no por eso era menos ardiente. A veces se necesitaba verdadera abnegación para emprender la conversión de un esclavo. Aunque es indudable que estos desdichados debían de inclinarse por instinto á una religión que tenía por culto un Dios muerto en la cruz, en muchos la ausencia de toda educación moral, la costumbre de una vida grosera que había aflojado todos los resortes de su voluntad, constituía un obstáculo casi insuperable para la inteligencia de las verdades evangélicas. Así lo entendían los cristianos, y por eso veían en la conversión de los esclavos un poderosísimo argumento en favor de la divinidad de su religión. «Si Jesucristo no hubiera sido más que un hombre, dice Orígenes, ¿habría podido transformar las almas de una multitud tan considerable, compuesta, no solamente de sabios, cuya conversión no hubiera sido extraordinaria, sino de gentes ignaras, dominadas por el vicio, tanto más difíciles de reducir á la continencia cuanto menos sumisos estaban á la razón?» (5). Al hablar así, Orígenes debía

(1) San Agustín, *Sermo*, CLIX, 3.

(2) *Código Justiniano*, IV, XLII, 1.

(3) San Jerónimo, *Ep.*, 130 *ad Demetriadem*.

(4) Página 254.

(5) Orígenes, *Contra Celsum*, II, 79.

de referirse á los esclavos, que es la categoría que más abunda en este retrato. San Juan Crisóstomo reproduce extensamente y endiferentes ocasiones el mismo argumento: al hacerlo se complace en poner de relieve la negligencia de los amos paganos exigiendo de los esclavos el provecho que podían dar, pero sin tener para nada en cuenta sus costumbres, y la abnegación de los cristianos, que se esforzaban en inclinarse á la virtud del alma de aquellos abandonados. Entresacamos de una de estas homilías un pasaje demasiado curioso para no ser reproducido íntegramente:

«Si los paganos considerasen á Cristo como un esclavo filósofo que tiene mayor templanza que los suyos, y que sirve con una modestia y una benevolencia supremas, admirarían la fuerza de nuestra predicación. Porque tienen la costumbre de apreciar nuestros dogmas, no por nuestras palabras, sino por los efectos que producen en la vida y en las cosas. Entre ellos la raza de los esclavos es indisciplinada, difícil de dirigir y de gobernar; no, ciertamente, por naturaleza, sino á causa de su manera de vivir y de la negligencia de los amos. La única pretensión de los amos suele consistir en estar bien servidos: si alguna vez se preocupan de reformar las costumbres de sus esclavos, lo hacen por el interés de su propia tranquilidad. Por eso no los inquieta que sus esclavos se entreguen al desorden, roben ó se embriaguen. De ahí que, no habiendo quien vele por ellos, caigan en los abismos del vicio. Si donde hay como salvaguardia la asistencia del padre, de la madre, del pedagogo, del bienhechor, del preceptor, de los compañeros de estudios, el sentimiento de la propia dignidad y muchos otros elementos apenas se logra evitar las malas compañías, ¿qué será de hombres privados de todas estas cosas, mezclados con infames, libres de reunirse con quien quieran, sin tener nadie que vigile sus amistades? ¿Qué puede esperarse de tales hombres? Por eso es difícil que un esclavo sea bueno. No reciben ninguna enseñanza fuera ni dentro de la casa; no se reúnen con hombres libres, cuidadosos de su honor y de su reputación. Por todas estas causas, más que difícil, es maravilloso que haya habido nunca un esclavo bueno y útil. Cuando los amos paganos advierten que la fuerza de la pre-

dicación cristiana ha puesto un freno á esta raza indomable haciéndola más dulce y más modesta, por poco razonables que sean, tienen que formar una opinión muy favorable respecto de nuestros dogmas. Es indudable, en efecto, que preocupados los esclavos por el temor de la resurrección, del Juicio final y de las demás cosas que siguen á la muerte, se alejan del mal, y que este miedo al vicio sirve de contrapeso á la atracción de la voluptuosidad.

«No sin razón, pues, estos amos reflexionan sobre tales resultados, y cuanto más perversos fueron sus esclavos, más admiran la fuerza de nuestras predicaciones, como declaramos digno de admiración á un médico que, teniendo que cuidar á un hombre desesperado, falto de todo recurso é incapaz de reprimir sus desordenados apetitos, le devuelve la salud y le corrige» (1).

Es tan importante este orden de ideas, que se me permitirá una nueva cita: como la que precede, es de S. Juan Crisóstomo, el Padre de la Iglesia que tuvo más vivo sentimiento histórico de la influencia del Cristianismo sobre el estado moral y material de los esclavos. Después de protestar contra la opinión de que los primeros cristianos fueron reclutados en las clases más bajas de la sociedad, añade: «Pero suponemos que así fuera. Eso no tendría nada de particular, diréis vosotros; mas yo respondo: eso sería maravilloso. Inculcar en el cerebro de esos hombres cosas vulgares, hubiera sido fácil; hacerles creer en la resurrección, en el reino de los Cielos, en la verdadera vida filosófica, es mucho más admirable que persuadir de tales verdades á espíritus cultivados. Más aún: si se los persuadiera de tales cosas cuando esa persuasión no encerrase un peligro, podría ser, si queréis, prueba de su falta de discernimiento; pero decir á esos esclavos: Si aprovecháis mis enseñanzas, os veréis rodeados de peligros, tendréis la enemistad de todos los hombres, padeceréis mil males; y hablándoles así apoderarse de su alma, ya no es locura. ¡Ah! Si estos dogmas fueran causa de placer, podría acusárselos de debilidad de espíritu; pero que los es-

(1) S. Juan Crisóstomo, *In. Ep. ad Tit.* Homilía IV, 3.

clavos se adhieran á enseñanzas que los filósofos no quieren recibir, ése es el milagro..., que mujeres y esclavos se dejen persuadir y que lleven una vida á la cual ni Platón ni nadie pudo inducir á sus discípulos, ése es el gran milagro (1).

### III

Este gran milagro en el orden intelectual y moral tuvo por instrumento en todas las épocas, lo mismo en la era de las persecuciones que después de la paz de la Iglesia, el celo de los amos cristianos. Muchos de los esclavos á quienes la Iglesia venera como mártires, fueron convertidos por sus amos. Una noble virgen de Rávena, Fusca, inició por sí misma en la fe á su nodriza Maura, y juntas murieron ambas por Cristo (2). Pánfilo, sacerdote y filósofo cristiano de Cesárea, tan magníficamente celebrado por Eusebio, educó con el mayor cuidado á uno de sus esclavos: hizole participar de su manera de vivir y ayudarle en sus estudios: el joven Porfirio, no solamente llevaba lo que S. Juan Crisóstomo llama «la verdadera vida filosófica», sino que, además, vestía, con gran satisfacción de su amo, el traje de los filósofos, el sencillo y austero *pallium* que los pintores de las catacumbas nos presentan como el verdadero hábito del clero cristiano (3). Murió mártir poco tiempo después que el que había sido su amo y preceptor. A veces un amo al convertirse conseguía con su ejemplo más eficazmente que con sus palabras la conversión de sus esclavos. Cuando la cortesana Afra renunció á sus desórdenes para hacerse cristiana, tres criadas que habían compartido su culpable vida recibieron con ella el Bautismo y murieron mártires (4). En ocasiones, el celo de los cristianos los incitaba á emprender la tarea de convertir á los escla-

(1) S. Juan Crisóstomo, *In Acta apost.* Homilía XXXVI, 2.

(2) *Acta SS.*, Februarii, t. II, p. 645.

(3) Eusebio, *De mart. Palest.*, 11, *Rome souterraine*, 2.<sup>a</sup> ed. p. 392.

(4) *Passio S. Afræ*, ap. Ruinart, *Acta sincera*, p. 502; véase, sin embargo, en la tercera parte de las *Actas* de Santa Afra, *la Persecución de Diocleciano*, 2.<sup>a</sup> ed., t. I, p. 440, nota 1.

vos ajenos. A veces, usando de una libertad que parece estar en desacuerdo con la ordinaria práctica de la Iglesia, pero que justificaban las circunstancias excepcionales, favorecían la fuga de esclavos que estaban contrariados en su fe ó en sus costumbres por amos infieles. Así fué cómo el sacerdote Pionio, habiendo atraído á la fe y bautizado á una esclava llamada Sabina, se la quitó á su ama, que había procurado con malos tratamientos volverla al paganismo: buscó para ella un asilo donde pudiera vivir oculta, y cambió su nombre por el de Teodota, con objeto de eludir toda investigación (1). Véase cómo el interés de no perder un alma anulaba el derecho de los amos, que por regla general solía respetar la Iglesia.

La influencia de los amos cristianos en la conversión y santificación de sus esclavos creció considerablemente después de las persecuciones. Desde lo alto del púlpito evangélico, los predicadores no dejaban de recordarles sus deberes respecto á este punto. Entonces empezó á dibujarse en la enseñanza pública de los obispos y de los doctores el encantador ideal de una casa cristiana, en que el padre, la madre, los hijos y los servidores estuvieran bajo la salvaguardia de Dios, ayudándose unos á otros en la práctica de la virtud. El padre de familia desempeñaba en ella el principal papel que corresponde al depositario de la autoridad. «Conozco, dice San Juan Crisóstomo, infinitas casas que han ganado mucho con la virtud de sus esclavos; pero si el esclavo que está bajo las órdenes del amo puede corregirle, con mayor motivo podrá éste corregir á aquél». Le compara «á la gollondrina macho llevando el alimento y depositándolo en el pico de la madre y de las crías. «No nos preocupemos, añade, de acumular riquezas, sino de trabajar para ofrecer á Dios las almas que nos han sido confiadas» (2).

Lactancio compara el deber del amo con relación á su esclavo al del padre respecto del hijo (3). «Que cada cual, dice San Agustín, ejerza en su casa el oficio

- (1) *Acta S. Pionii*, ap. Ruinart, p. 129.
- (2) San Juan Crisóstomo, *In II Thess.* Homilía V.
- (3) Lactancio, *Epítome Div. inst.*, 64.

de obispo y vele por la fe de los suyos, de su mujer, de sus hijos, de su mismo esclavo, que á tan alto precio fué redimido. La disciplina apostólica concede al amo poder sobre el esclavo, sometiendo por completo á éste á las órdenes de aquél; pero Cristo pagó por ambos el mismo precio. No despreciéis á los humildes; poned el mayor esmero en procurar la salvación de los que viven en vuestra casa» (1). Tengamos mucho cuidado, dice San Juan Crisóstomo, de nuestras mujeres, de nuestros hijos y de nuestros esclavos, á fin de que el mando nos sea fácil, podamos tranquilamente dar cuenta á Dios de nuestros actos, y estemos en condiciones de decir con Isaías: Aquí estoy, y conmigo todos los seres que Dios me confió» (2).

El primer deber del amo consiste en llevar á todos los suyos á la Iglesia para hacerles oír la palabra divina. «Que todos vengan y traigan consigo á los que, por estar á ellos unidos, constituyen como un miembro de su propia persona: el padre á su hijo, el hijo á su padre, el marido á su mujer, la mujer á su marido, el amo á su esclavo, el hermano á su hermano, el amigo á su amigo» (3). Pero no basta esto; es preciso además que el padre de familia repita á todos los suyos las enseñanzas que haya aprendido. «Retened mis lecciones, queridos míos, exclama San Juan Crisóstomo, y de vuelta en nuestra casa, pongamos dos mesas; una para la comida, y otra para la palabra de Dios: que el esposo repita la lección aprendida; que la mujer, los hijos y los esclavos la oigan de sus labios. Haced de vuestra casa un templo, porque se os pedirá estrecha cuenta de la salvación de vuestra familia y de vuestros servidores; y así como nosotros tendremos que responder de vuestra alma, cada uno de vosotros deberá responder de la de su esclavo, de la de su mujer y de la de su hijo» (4). Al día siguiente, el mismo auditorio rodeaba el púlpito del gran orador: «Sé, dice, que habéis puesto la doble mesa que os in-

(1) San Agustín, *Sermo*, XCIV.

(2) San Juan Crisóstomo, *In Ep. ad Ephes.* Hom. XX, 6.

(3) San Juan Crisóstomo, *Homilia Adv. eos qui ad coll. non veniunt*, 3.

(4) San Juan Crisóstomo, *In Genesim.* Sermo, VI, 2.

diqué; y lo sé, no porque se lo haya preguntado á vuestro ayuda de cámara ó á vuestro esclavo, sino porque vuestros aplausos y vuestras lisonjas de ayer me demostraron que habíais comprendido; porque cuando dije: «convierta cada cual su casa en un templo, hicisteis grandes aclamaciones, dejando traslucir la alegría con que acogíais esta idea» (1).

San Juan Crisóstomo quiere, pues, que el amo sea el apóstol de la casa y ejercite con los suyos la función de catequista. «No puedes corregir á la Iglesia, sigue diciéndole, pero puedes amonestar á tu mujer; no puedes predicar á la multitud, pero puedes inculcar en el cerebro de tu hijo la razón y la verdad; no puedes enseñar la doctrina al pueblo, pero puedes mejorar la condición de tu esclavo. Este reducido círculo no excede de tus fuerzas; esta predicación no es superior á tu ciencia, y vosotros estáis mejor colocados que nosotros mismos para hacer bien á todos. Yo me pongo en contacto con vosotros una ó dos veces por semana; tú tienes continuamente discípulos en tu casa, tu mujer, tus hijos, tus esclavos, á quienes en la mesa, por la noche y durante todo el día puedes corregir» (2).

«Quiero, por consiguiente, dice en otra parte (porque puede seguirse á través de todos sus discursos el desenvolvimiento de un mismo pensamiento), que en la casa, durante la comida y á todas horas, los hombres y las mujeres, los esclavos y los hombres libres se disputen el cumplimiento del precepto divino, y proclamo bienaventurados á los que celebren así sus festines. ¿Qué puede haber más respetable que una mesa donde no haya embriaguez, glotonería ni prodigalidad, y en la cual, en vez de esos vicios, reine

(1) San Juan Crisóstomo, *In Genesim*, Sermo VII, 1.

(2) Desgraciadamente, muchos amos cristianos no comprendían este deber; S. Juan Crisóstomo los censura con acrimonia. «Todo el mal viene de vuestra indiferencia. Los que tenéis esclavos y siervos debéis procurar decirles diariamente que *en Jesucristo no hay esclavos ni libres*. No despreciáis ni á vuestro caballo ni á vuestro asno, ni perdonáis diligencia para combatir sus vicios; en cambio, despreciáis á vuestros esclavos, aun cuando tienen la misma alma que vosotros.» *In Ep. ad Rom.* Hom. XII, 7.

una santa emulación en el cumplimiento de los mandamientos divinos? Porque mientras el marido observa á su mujer y la mujer al marido con objeto de que ninguno de los dos incurra en pecado, ¿no sería vergonzoso que el amo se expusiese á las censuras de sus esclavos, y los esclavos á las correcciones del amo? Realmente, una casa ordenada como la que acabo de describir, merece el nombre de iglesia de Dios» (1).

Para mantener en la casa semejante disciplina, San Juan Crisóstomo no quiere que el amo esté desarmado. Predica que se trate con dulzura á los esclavos, y dirige á los que les castigan con crueldad las más severas reprimendas. Cuando habla de este particular, parece su palabra eco de la de Juvenal (2); á veces también emplea acentos absolutamente evangélicos, de penetrante bondad (3). Pero, lo mismo que Orígenes (4) y todos los Padres de la Iglesia, San Juan Crisóstomo no permite que la dulzura se convierta en debilidad. Mientras dura la esclavitud, el amo es responsable de las costumbres de su esclavo, y está obligado á reprimir sus licencias aun apelando á la fuerza. San Agustín compara con una limosna el castigo corporal infligido á un esclavo por un amo que en el fondo de su corazón le hubiese perdonado (5).

Es preciso que ninguna cólera envenene el alma del amo. San Ambrosio llega hasta á aconsejarles que sufran en silencio las injurias, no solamente de su mujer, de sus hijos y de sus amigos, sino hasta de sus servidores, de sus libertos, de sus esclavos (6). Pero si la gloria de Dios ó el interés del esclavo corren peligro, el amo no debe omitir el castigo. «Conviene, dice San Juan Crisóstomo, ser severo para gloria de Dios.

(1) S. Juan Crisóstomo. *In parab. debit.* Homilía 2.

(2) S. Juan Crisóstomo. *In Ep. ad Ephes.* Hom. XV, 3, 4.

(3) Dirigiéndose á una cristiana que en un momento de cólera mandó encadenar á un esclavo, le dice: «Acuérdate de las cadenas de S. Pablo. Somos de los que se dejan encadenar, no de los que encadenan; de los que permiten que les desgarran el corazón, no de los que se lo desgarran á otros.» *In cap. IV, Ep. ad Coloss.* Homilía XI, 2.

(4) Orígenes. *Principia*, III, 12.

(5) S. Agustín. *De fide, spe et charitate*, 72.

(6) S. Ambrosio. *Enarr. in Psalm.* XXXVIII, 9.

¿De qué manera? Podemos irritarnos á veces contra nuestros esclavos; pero ¿cómo indignarse por Dios? He aquí cómo. Si ves á tu esclavo beodo, furioso, yendo al teatro, descuidando la salvación de su alma, jurando, perjurando ó mintiendo, indignate, castiga, reprime, corrige; haciéndolo, obras en provecho de Dios. Pero si ves que comete alguna falta con respecto á ti, descuidando el servicio que te debe, perdónale, porque perdonas en nombre de Dios» (1).

Un singular caso de conciencia presentado y discutido por San Agustín demuestra el escrúpulo con que los cristianos de fines del siglo iv cumplían sus deberes con respecto á los esclavos. El gran doctor acaba de comentar el consejo evangélico: «Si alguien quiere pleitear contra ti ó quitarte tu túnica, entrégale además tu capa» (2); y sigue diciendo: «Esto se refiere á las cosas que pueden ser objeto de un proceso, y sobre las cuales podemos transmitir nuestro derecho á otro, como, por ejemplo, un traje, una casa, un animal y, en general, todo lo que constituye nuestra fortuna. Pero ¿puede tomarse este consejo con respecto á los esclavos? He aquí un gran problema. Porque un cristiano no debe poseer un esclavo de la misma manera que un caballo ó dinero, aunque el valor en venta del esclavo sea á veces menor que el del caballo y con más razón inferior al del oro ó de la plata. Pero si este esclavo es mejor dirigido por ti, más honestamente educado, más instruído en el servicio de Dios que lo estaría por el que desea comprártelo, no creo que nadie pueda decir: Hay que entregarle como si se tratase de un vestido; porque el hombre debe amar á su prójimo como á sí mismo» (3).

Es curioso ver la delicadeza del sentimiento cristiano en pugna con ciertas necesidades externas producto de la esclavitud.

El amo debe ser paciente con sus esclavos: debe, dice San Juan Crisóstomo, asociarlos á sus buenas obras (4), debe sufrir que le reprendan sus defec-

- (1) S. Juan Crisóstomo, Homilía *In Kalendas*, 4.
- (2) S. Mateo, V, 40.
- (3) S. Agustín, *De sermone Domini in monte*, I, 19.
- (4) San Juan Crisóstomo, *In Acta Apost.* Hom. XLV, 4.

tos (1); pero cuando haya ofendido á alguno de ellos, ¿está obligado á humillarse ante él y pedirle perdón? San Agustín contesta á esta pregunta lo siguiente: «Hay personas de baja condición, según el mundo, que se henchirán de orgullo si se les pide perdón. Así, alguna vez el amo ofende al esclavo, porque, aun cuando uno sea amo y otro esclavo, ambos son esclavos de otro, puesto que los dos fueron redimidos por la sangre de Cristo. Sin embargo, si el amo ha pecado con respecto al esclavo haciéndole injustas reconveniones ó maltratándole sin motivo, me parece duro ordenarle que diga á su esclavo: Perdóname, concédeme tu gracia. No porque no esté obligado á ello, sino por miedo á que el esclavo se enorgullezca. ¿Qué debe, pues, hacer el amo? Arrepentirse ante Dios, castigar su corazón en presencia de Dios, y si por prudencia no puede decir á su esclavo: perdóname, debe dirigirle la palabra con dulzura, porque esta palabra dulcemente dirigida es una manera indirecta de solicitar perdón» (2).

(1) Idem, *ibid.* Homilía X, 5.

(2) San Agustín, *Sermo* CCXII, 5.